

«DOS MODOS DE FUNDAMENTAR FILOSÓFICO Y SUS IMPLICACIONES PEDAGÓGICAS»

Tiago Gomes Landim¹

Desde la Grecia Clásica, innumerables modelos de filosofar fueron criados, contemplando desde pequeñas y sutiles mudanzas hasta verdaderas revoluciones en relación a los anteriormente propuestos. Estas evoluciones, o involuciones –como deseen– tuvieron su protagonismo menor o mayor en las diversas esferas y dimensiones de la vida humana, sea ella individual y/o colectiva. El hecho es que niveles importantes de nuestra vida sufrieron influencia directa o indirecta de ideas filosóficas. Con una pretensión de humildad intelectual frente a la gigantesca empresa que sería tematizar aquí todos los principales modelos de filosofía que históricamente fueron surgiendo, me propongo presentar dos modos de comportamiento argumentativo. Igualmente, no me propongo la tarea imposible de tratar aquí de forma satisfactoria todas las influencias sufridas en todas las esferas de la vida humana, sino que me propongo a tan solo exponer algunas pocas posibles influencias sufridas por la educación de estos dos modos de argumentación.

Toda reflexión es, cuando mucho, una tentativa nunca realizable de tocar la verdad en su totalidad. Mentos espacio-temporalmente limitadas con pretensiones de pensar la absolutidad. Este nuestro sueño a veces nos ciega los ojos y nos hace creer que nuestras reflexiones son el abarcar esta verdad absoluta: señores que somos de un mundo fantástico que se pretende real.

Para llevar a cabo estas pretensas ganas de pasar para la meta-historia –el nivel en que todo adquiriría un status de insuperable–, un paso muy prontamente trabajado, y quizás el más importante, en la Filosofía es el problema de la fundamentación de los argumentos utilizados. Lo que demuestra que el grado mayor o menor de seriedad del argumento es su capacidad de apuntar en qué se apoya para afirmar su teoría filosófica, ¿cual es el punto de partida

1. Doctorando en Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca, Mestre en Filosofía Contemporánea por la Universidade Federal do Ceará – Fortaleza-Brasil; Licenciado en Filosofía por la Universidade Estadual do Ceará – Fortaleza-Brasil; Miembro-Socio de la Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciencia (SBPC).

de sus afirmaciones, negaciones o cuestionamientos? ¿Que tiene sus argumentos, y de lo cual carecen los de otros, que los hacen adquirir una mayor aceptabilidad o respetabilidad?

No habré de entrar en el tenor específico de cada argumentación, ni pretendo exponer exhaustivamente los diversos matices de donde parten todos los filósofos, sino que tan solamente tentaré analizar dos modos muy específicos de proceder argumentativo: la utilización del argumento de autoridad y la tentativa de fundamentar sus propios argumentos de modo reflexivo.

El modo de proceder argumentativo más utilizado en toda la Historia de la Humanidad es, ciertamente, aquello que se vale del llamado argumento de autoridad: el pensador, al proponer una línea de reflexión trata de inmunizarla de posibles cuestionamientos, haciéndonos creer que él dispone de un fundamento incorruptible. Cuando alguien se arriesga y presenta una duda sobre esta reflexión, ya se depara con un argumento que desmoraliza al que cuestiona, y esto no se da en función de una contradicción presentada, sino por afirmar que si uno cuestiona es por no tener comprendido la tese que él critica, en lo mejor de los casos esto puede ser debido a su incapacidad intelectual. Otra posibilidad es que el que cuestiona no hace caso del hecho de que la tese que él intenta cuestionar ya es aceptada por muchos nombres de peso en la Historia de la Filosofía.

Esta táctica de auto-inmunización es bastante sencilla: si uno plantea cuestionar mis argumentos es porque tiene la ilusoria pretensión de que todos los que históricamente afirmaron lo mismo que yo no tienen razón, y esto no se puede llevar en serio. O entonces, lo que es casi lo mismo, quién presenta cuestionamiento acerca de mis argumentaciones lo hace por no haber sido capaz de comprender lo que yo quise decir, o por lo menos no lo ha comprendido en su severa y perfecta entereza.

Un lector atento y acostumbrado con las más actuales reflexiones filosóficas podría ya de pronto concluir que estos dos modos de defender sus tesis – que a mi modo de pensar representan dos lados de una misma moneda – es algo bastante utilizado en buena parte de la Historia de la Filosofía. La cuestión es, entonces, saber si es legítimo que seamos obligados a callar o si es legítimamente aceptable la auto-inmunización.

En realidad, cuando se utiliza del argumento de autoridad, se está huyendo de llevar sus argumentaciones hasta las últimas consecuencias, o sea, en vez de se confrontar con todos los cuestionamientos que puedan ser hechos a su teoría, la persona que recurre al citado argumento impide que el conocimiento alcance grados superiores al que ella fue capaz de llegar. El problema no sería, entonces, que el que cuestiona no tenga necesariamente alcanzado el mismo punto de la persona que propuso la tese, sino que también puede que él tenga ultrapasado dicha tese y perciba elementos que no fueron comprendidos por todos los anteriores, mismo que estos merezcan el respeto y la admiración que le es debido, pero nada más que esto.

Utilizándonos de Popper, en su libro *Conjeturas y Refutaciones*, se podría cuestionar el argumento de autoridad si partimos de la idea de que no existen fuentes de conocimiento más seguras que otras, todas ellas son pasibles de errores. Popper acusa a los esencialistas² de cometer el error de buscar el conocimiento como si hubiese un «pedigree» en algunas fuentes de conocimiento, es decir, como si hubiesen fuentes nobles de conocimiento, «racionalmente puro, sin mácula, derivado de la más alta autoridad – si es posible del propio Dios»³.

Acerca de la llamada «*veracitas Dei*»⁴ ya Platón ha utilizado de este artificio del lenguaje cuando dice que su verdad fue recibida en el contacto con la verdad divina. Parménides dice ser la diosa Diké, «la guardiana y poseedora de las llaves de la verdad», aquella que le ha revelado la verdad. Los poetas Hesíodo y Homero reivindican para sí una autoridad divina sobre el conocimiento de la verdad; el propio Platón contesta tal autoridad, mismo defendiendo el origen divino del conocimiento, en su famosa «teoría de la anamnesis»⁵. Según esa tendencia, en lo que concierne al conocimiento, nuestro pecado reside en impedir la manifestación de nuestra alma omnisciente, ignorar es un pecado o se relaciona con él.

Nuestro conocimiento no pasa de opinión, conjetura, *doxa* y no *episteme*. Jenófanes acreditaba en esto, cuando dijo que a nadie es dado conocer la verdad, puesto que no es posible ni al menos pronunciarle el nombre o mismo reconocerla⁶. O sea, si nosotros fuéramos a aceptar como válido el argumento

2. Que parten del presupuesto que existe una verdad esencial y que ellos obviamente fueron capaces de descubrirla en sus teorías.

3. «O substitutivo que proponho – ‘De que modo podemos esperar a detecção do erro?’ deriva do ponto de vista de que não existem fontes de conhecimento puras e absolutamente seguras, de que a origem ou a pureza do conhecimento não deve ser confundida com sua validade ou veracidade.» (POPPER, Karl Raymund, *Conjecturas e Refutações*, Brasília, Edunb, 4ª edição, 1972, pp. 53/54).

4. «... em outras palavras, nosso intelecto é uma fonte de conhecimento porque Deus também o é.» (Ídem, *Ibidem*, p. 37)

5. «Ao nascer, esquecemos; mas podemos recobrar a memória e recuperar o conhecimento que já tínhamos, ainda que só parcialmente: ao ver de novo a verdade nós a reconhecemos.» (Ídem, *Ibidem*, p.38). También: «Aprender(...) não é outra coisa senão recordar. Se esse argumento é de fato verdadeiro, não há dúvida que, numa época anterior, tenhamos aprendido aquilo que no presente recordamos. Ora, tal não poderia acontecer se nossa alma não existisse em algum lugar antes de assumir, pela geração, a forma humana.» (PLATÃO, *Fédon*, São Paulo, Ed. Nova Cultural, 1987, p. 76, 72e)

6. «Y no hay hombre alguno que haya visto lo exacto, así como no habrá nadie que conozca lo que yo digo a lo largo de esta obra, respecto de los dioses y de todas las cosas. Porque, aún en el supuesto de que hubiera alguien capaz de expresar lo que realmente existe, no tendría este conocimiento por su propia experiencia. En todo no hay más que simple suposición.» (XENÓFANES, 21 B 24, Apud: GIGON, Olof, *Los Orígenes de la Filosofía Griega*, Madrid, Editorial Gredos, 1985, p.198)

de autoridad, ¿qué decir de que algunas de estas autoridades afirmaron justo lo opuesto, o sea que ningún conocimiento puede partir del presupuesto de que es mejor que otros?

Entre tanto, si fuéramos a tratar esta cuestión a fondo tendríamos que recorrer todo un artículo, lo que no es mi intento, a pesar de que tampoco yo he de desconsiderar las críticas que puntúo: la postura filosófica más adecuada hoy es abandonar todos los dogmas y buscar argumentos fuertes que nos sirvan de principios a partir de los cuales se puedan tematizar tesis igualmente fuertes. Y no, lo que sería el extremo opuesto, caer en el relativismo y obligarse a obedecer al consejo wittgensteiniano: «¡Aquello sobre lo que no se puede hablar, se debe callar!»⁷.

A la filosofía le restan pocas salidas posibles: el insistir con la postura de Aristóteles que afirma no ser posible que algunos tipos de mente alcancen determinados niveles superiores de reflexión filosófica⁸, y así, al negarse de salir en defensa de su tesis, Aristóteles cae en la parada dogmática del famoso Trilema de Münschausen (círculo vicioso, regreso infinito y parada dogmática), su modo de reflexión va a ser una constante entre muchos de los pensadores hasta hoy.

Entretanto, como ansío por tratar del otro modo de argumentar filosófico que, según pienso, ya he señalado en las entrelíneas de la crítica a los dogmáticos, dejo a otro momento o a otra persona ese debate que, en si, no es el objeto del presente trabajo, espero que el hecho de haber llegado hasta aquí pueda ser ya un despertar de nuevas cuestiones e instigue al lector a que avance hacia aguas más profundas.

Otro modo de argumentación es lo que yo denominaría «la tentativa de descubrir la autoridad de los argumentos utilizados», o sea, proponer que sus propios argumentos sean fuertes lo suficiente a punto de no necesitar de ayuda externa para que sean sostenidos. Ésta forma de argumentación fue tematizada por Aristóteles⁹ cuando quiso callar al escéptico, optando aquí, no por el argumento de parada dogmática, sino por la argumentación que desenmascara la contradicción latente en la actitud de quién niega sentido a la filosofía.

Cuando hablamos de contradicciones, debemos tener en cuenta diferentes tipos y niveles de complejidad. Hay contradicciones muy sencillas de las cuales se puede librar con pequeños cambios: como la contradicción de quién afirma, en castellano, que no sabe hablar nada en castellano; de ésta se puede huir apenas con el simple cambiar del idioma en el cual se habla, por ejemplo si se pronuncia la misma sentencia en portugués: «*eu nada sei falar em castelhano*».

7. Cf.: WITTGENSTEIN, Ludwig, Tractatus Lógico-Philosophicus, São Paulo, EdUSP, 2ª Edição, 1994, 4.11/ 4.12: 177- 180.

8. Cf.: ARISTÓTELES, Ética a Nicómaco, São Paulo, Ed. Nova Cultural, 1986, I 1, 1095 a 2-11, I 2, 1095 b 4-6.

9. Cf.: Ídem, Metafísica, , São Paulo, Ed. Nova Cultural, 1985, 980 a 21-1008 b 9.

Hay otro tipo de contradicción que puede ser encontrado, por ejemplo, en el caso de alguien que escribe: «yo no estoy escribiendo», también de ésta se puede escapar, basta que en vez de escribir, la persona lo hable o gesticule. Así como estos dos ejemplos, podríamos quedarnos citando otros innumerables modos de contradecirse y de superar tales contradicciones. La pregunta es si hay contradicciones de las cuales el sujeto no puede librarse sin que se auto-destruya como argumentante, y la respuesta es «sí, existen», son las llamadas contradicciones pragmáticas.

Pasemos, pues, entonces al nivel de contradicción de la cual no se puede huir si se desea permanecer en el proceso argumentativo: se trata de la contradicción pragmática o performativa, esto es la contradicción entre el contenido y el acto del habla. En este tipo de contradicción el argumento está directamente en conflicto con la intención de lo que se desea proponer. Es lo que ocurre cuando el escéptico afirma que la filosofía no es posible, en este momento él ya está filosofando y así que se contradice al negar ser posible hacer lo que él está haciendo. Otros ejemplos pueden ser rescatados en la Historia de la Filosofía: un caso más reciente y famoso es el que está presente en el libro «*Tractatus Lógico-Philosophicus*», de Wittgenstein, cuando este afirma no ser posible tratar sobre la forma lógica cuando en todo su libro, y esto él mismo admite al final del libro, es justo lo que él está haciendo –necesitamos tener claro que no por estar admitiendo la contradicción ella debería ser desconsiderada, así como también que no se debe simplemente olvidarse de los argumentos presentes en los puntos que no están en contradicción en el mismo libro.

Lo mismo ocurre cuando alguien propone asertivas tales como: «todo es relativo», «toda regla tiene excepción», «la verdad absoluta es una ilusión de dogmáticos», entre otras, todas estas afirmaciones esconden de modo poco eficiente la contradicción presente, pero no es una contradicción semántica, ni sintética, tampoco lógico-formal, sino una contradicción entre lo que es afirmado y el acto de afirmar. Cuando uno afirma que todo es relativo, debe ser coherente y callarse, pues que su afirmación se vuelve contra su propia afirmación. Si es verdad que toda regla tiene excepción, entonces, para esta regla debe tener excepción, si es coherente afirmar que la verdad absoluta es una ilusión, por lo tanto, o esta afirmación no es verdadera o entonces es una ilusión de un dogmático disimulado en su falso relativismo¹⁰.

10. «Quem reflète sobre a relação entre ciência e ética na sociedade industrial moderna, vê-se, a meu ver, diante de uma situação paradoxal. Pois de um lado a carência de(...) uma obrigatoria para a sociedade humana como um todo foi tão urgente quanto em nossa era(...). por outro lado, a tarefa filosófica de uma fundamentação racional da ética universal jamais pareceu tão difícil(...); e isso porque nessa mesma era, a idéia da validação subjetiva, está igualmente prejudicada(...) pela idéia cientificista da 'objetividade' normativamente neutra ou isenta de valores.» (APEL, Karl-Otto, Teoria da Comunicação, São Paulo, Ed. Loyola, 2000, p. 407)

La búsqueda de superación de esta contradicción por vía directa necesariamente hace destruir el argumento. Para quien desea seguir afirmando estas premisas solamente existe la alternativa de callarse: el silencio sería la actitud más coherente, pero claro es que la vanidad que siempre entra como una intrusa puede impedir que el pensador admita que ha caído en contradicción, pues que siempre surge en las entrelíneas del discurso, impidiendo la radicalización coherente, la incapacidad de se reconocer el error que esté presente en su propio discurso, pero esto ya no es tema de nuestra presente discusión.

El hecho es que este método de argumentar pretende, a través de la radicalización del discurso, llevar a las últimas consecuencias la empresa de fundamentar lo que afirma y lo que niega. Y, para no caer en la parada dogmática en la cual grandes filósofos incurrieron, o como fue el caso de otros, para no apelar para el expediente del círculo lógico (vicioso) –que basa su argumento en otro que, a su vez, presupone el anterior al cual busca fundamentar– o mismo que se ponga en un proceso argumentativo que lo obligue a buscar fundamentación infinitamente, conduciéndolo a un regreso infinito.

La opción aquí es por considerar otro método para la filosofía que sea distinto del método hipotético-deductivo propio de las ciencias¹¹. Si no se hace este cambio sería obviamente inevitable la inconsistencia de los argumentos filosóficos que tuviesen la pretensión de superar la simple semiótica. Utilizándose de una expresión del segundo Wittgenstein, se trata, pues, de considerar que las reglas del «juego de lenguaje» de la filosofía son distintas de las reglas del «juego de lenguaje» de las ciencias, y no pueden representar el retorno a la postura de la inducción, ya tan consistentemente cuestionada y hasta hoy no reformulada satisfactoriamente.

El nuevo camino pasa por admitir que lo errado era la falta de clareza de cual sería el método adecuado a la Filosofía, y esto significa considerar un nuevo modo de caminar, adonde ya deben estar presentes todas las críticas que fueron lanzadas contra el edificio filosófico desde los primeros pensadores hasta los cuestionamientos de los autores contemporáneos como Heidegger, Wittgenstein, Popper y tantos otros¹².

11. «El concepto del falibilismo, así como el discurso consentido acerca del consenso o la disensión fundados, implican también, en mi opinión, que hay presupuestos de este uso del concepto acerca de los cuales no se puede dudar: con otras palabras, baremos o condiciones normativas de posibilidad de la fundamentación última pragmático-transcendental de la teoría del conocimiento y de la ciencia.» (APEL, Karl-Otto, Teoría de la Verdad y Ética del Discurso, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2ª reimpresión, 1998, p. 38).

12. «Neste sentido, a primeira condição é abandonar o que se denominou o caráter *especulativo*, metafísico, da filosofia: a única maneira de finalizar a disputa indefinida das escolas filosóficas é pôr à prova o conteúdo empírico de suas afirmações, isto é, submeter as sentenças filosóficas aos critérios da verificação empírica.» (OLIVEIRA, Manfredo Araújo de, Sobre a Fundamentação, EdiPUCRS, Porto Alegre, 1993, p. 45)

En este modo de argumentar se debe considerar, por ejemplo, que nuestra capacidad de comprensión es históricamente limitada, que jamás podremos tratar absolutamente sobre el absoluto, es decir, el nuevo método presupone, al contrario de los escépticos, que es posible tratar sobre el absoluto, pero no de modo directo, como en una deducción o inducción, sino de modo indirecto –por la imposibilidad de negarlo sin que el que lo niegue ya lo presuponga en su propia negación, o por la imposibilidad de afirmarlo sin que él ya esté presente como fundamento de esta afirmación¹³.

Entretanto, se debe tener en cuenta que hasta mismo de este modo jamás se podrá confundir con el abarcar del absoluto: y será siempre aquel que se nos escapa al concepto, pero al cual se puede referir reflexivamente. La tarea de la filosofía es, según esta postura argumentativa, la búsqueda de los fundamentos de todo argumentar coherente. Es decir, el método reflexivo se caracteriza como sendo el método filosófico en su esencia, y se trata de hacer con que el argumento se vuelva sobre si mismo en búsqueda de la fundamentación de su propia argumentación. Filosofía sería, entonces, la búsqueda reflexiva de los fundamentos de todo: vuelta sobre sí mismo para intentar ver hasta que punto tiene coherencia y consistencia sus argumentos, o si, al contrario, incurren en contradicción pragmática¹⁴.

Tomando como punto de partida el modo de procedimiento argumentativo que se basa en el apelo a una autoridad previamente dada y que nos impide de hacer cualquier cuestionamiento acerca de determinados aspectos de un modelo filosófico, se podría plantear pensar las consecuencias inmediatas en el nivel de la educación.

Propongo que usted, carísimo lector, pueda pensar conmigo ¿como sería una educación sacada del modo de argumentar que siempre parte del argumento de autoridad cuando se está argumentando? ¿Qué sería de un educador que no admite cuestionamiento de puntos de su teoría y que deslegitima a quienes plantean hacerlo? ¿Que tipo de educación puede surgir de un modo de filosofar que ya parte de ciertos dogmas? Tengo certeza de que, si un lector más acostumbrado con los argumentos pedagógicos se dispone a ayudarme, la reflexión podrá estar mejor concluida.

13. «El concepto de fundamentación pragmático-transcendental es básicamente distinto del concepto tradicional – presupuestos en el racionalismo o empirismo clásicos – de fundamentación como indiferencia a partir de algo distinto (deducción o inducción).» (APEL, 1998, op: cit., p. 129)

14. «Para preparar el paso del problema de la teoría de la verdad al de la fundamentación filosófica última (...) tengo que indicar la existencia de una clase de enunciados que, en mi opinión, y en cuanto a su pretensión de validez (...) son esencialmente diferentes no sólo de los enunciados de las ciencias empíricas de la naturaleza, sino también de los de una ciencia hermenéutica social o del espíritu.» (APEL, 1998, op: cit., pp. 103/104)

Bajo la máscara de una pretensa protección a la filosofía, los que se valen del dogma están, en realidad, protegiéndose a sí mismos y a sus teorías que, no pocas veces, de tan flacas, serían desenmascaradas pronto. Es de veras sencillo que uno pueda construir todo un edificio argumentativo partiendo de una base que no le pida muchos esfuerzos para hacerse respetar, utilizándose de la auto-protección contra todos los que puedan revelar que el rey está desnudo¹⁵.

Como yo he señalado arriba, es indudable que ni todos los que optaron por este camino del argumento de autoridad o de la auto-inmunización, lo hicieron sin segundas intenciones, es decir, ni todos los que insisten en este modo de proceder están bien intencionados. Siempre hay la famosa e hipócritamente encubierta vanidad personal que, por veces, impide que el diálogo fluya libremente y que el único criterio sea la búsqueda de la coherencia argumentativa.

Muchos de los más contundentes argumentadores se travisten de defensores de la verdad, pero, en realidad, defienden tan arduosamente una teoría que más parecen constructores de murallas que impiden el avance de aquellos que desean intentar alcanzar la verdad. El modelo educacional que puede surgir de aquí es de veras desesperanzador: la educación sería vertical, dogmática, el educador sería única y exclusivamente el profesor, que, dueño absoluto del conocimiento, repasaría las verdades, prontas e incuestionables. Aunque pueda pasar la falsa idea de que él se trata de un innovador revolucionario.

Cualquier educando que intentase preguntar algo que representase un cuestionamiento de las bases de lo que le es enseñado, éste debería, por lo menos, ser puesto en ridículo para que se evite que los demás puedan ser estimulados por su actitud rebelde. Una pregunta así recibiría como respuesta contundente la declaración de que el educando que pregunta es alguien que no ha comprendido la profundidad de lo que fuera enseñado, o por no tener obtenido los conocimientos debidos o por no ser intelectualmente capaz de obtenerlos. En ambas hipótesis, se protege la vanidad (inseguridad) del educador también con la inseguridad (vanidad) del educando que no desea ser visto como incapaz de ser tan listo cuanto los demás de su turma que no cuestiona absolutamente nada.

Utilizar el argumento de autoridad en educación puede ser ejemplificado con actitudes del tipo: «esto es así porque está escrito en el libro y quien lo escribió tiene autoridad para eso», o «si tú me estás haciendo esta pregunta es porque no has comprendido nada, o no fuiste capaz de captar la profundidad de mis explicaciones...». Con respuestas de este tipo, se calla el que cuestiona, pero no por haber presentado argumentos suficientes, sino por haber sido

15. Según Leibniz, todo lo que existir debe tener una razón suficiente. Cf.: LEIBNIZ, G. Wilhelm, *Novos Ensaio Sobre o Entendimento Humano*, São Paulo, 1996, sobretudo en los Capítulos III y IV.

reprimido autoritariamente en su ímpetu argumentativo; no se deslegitima el argumento, pues no fue presentado ningún elemento, de hecho consistente, sino se busca deslegitimar el argumentador¹⁶.

Cuando la vanidad se pone como elemento clave, pero hipócritamente ocultado en la nebulosa de los argumentos vagos de la parada dogmática, del círculo vicioso, del regreso infinito, o mismo del argumento de autoridad, esto se torna más problemático todavía. El educador vanidoso –e infelizmente esto no es un espécimen en extinción– mata descaradamente el espíritu creativo, superior a sí. La mediocridad es la más terrible inquisidora sutil de muchos de los que deberían revolucionar el sistema caducado que históricamente hemos experimentado.

¿Como es posible que un alumno sepa algo que nunca nadie supo hasta hoy? Sería un desacato que el aprendiz pueda querer cuestionar algunas de las bases «milenarias» del núcleo duro de las verdades enseñadas hasta entonces.

Entretanto, otro comportamiento igualmente peligroso es lo que pueda proceder del modo de proceder argumentativo de los relativistas radicales, y eso ha sido la postura más utilizada en casi todas las propuestas de reforma de los sistemas educacionales en todo el mundo. El educador abandona la actitud de ser aquel que sabe todo y asume el extremo opuesto, de ser aquel que nada sabe, se iguala al educando, en un complicado democratismo, lo que no ayuda ni al educando, ni a la sociedad, tampoco a sí mismo o al necesario desarrollo del conocimiento humano.

Impedir que el educando cuestione todo lo que quiera es impedirlo de hacer avances que podrán ayudar a la Humanidad, pero también no ayudar que él perciba que hay algunos conocimientos que se imponen por medio del proceso argumentativo, es también impedirlo de hacer tales avances, pues si cada uno de nosotros que vamos surgiendo en el Planeta no tenemos tiempo para recriar todos los conocimientos que la Humanidad consolidó, el educador debe ayudar a que todos puedan percibir que hay atajos válidos que pueden ser tomados, aunque la decisión de tomarlos o no, es exclusividad del educando.

Nosotros no estamos en una amalgama del cual nada sabemos, ya hemos abandonado muchas cuestiones que otrora eran tenidas como fiables; hay, entretanto, ciertas realidades que aun se mantienen sólidas independientemente de todos los cuestionamientos que han sufrido. No nos encontramos en una constante negación absoluta de todas las cosas, de todas las realidades y de todos los conocimientos.

16. «...fracasó la fundamentación trascendental última de la ética, en el sentido de los presupuestos kantianos: y sólo queda mostrar si, o en qué medida, una transformación pragmático-transcendental de la filosofía trascendental puede conseguir la fundamentación última de la ética que fracasó en Kant, substituyendo el a priori irrefragable 'yo pienso' por el a priori del 'yo argumento'.» (APEL, 1998, op. cit., p. 154).

Es una nadería presuponer que el respeto por el educando pase por negarle la verdad de que ya hemos pasado por algunas encrucijadas, que ya hemos alcanzado algún nivel respetable de conocimiento y que hay algunas realidades que son irrenunciables bajo pena de auto-contracción¹⁷.

El verdadero filósofo es el que nunca parte del presupuesto de que algo no puede ser cuestionado, aunque él tenga clareza de que algunas cosas, que son los principios de todo, no podrán jamás ser negadas coherentemente. Aquí no se trata de impedir que sean hechos determinados tipos de cuestionamientos, sino de demostrar argumentativamente que uno debería evitar ciertos cuestionamientos para evitar contradecirse.

Así que, si alguien puede sacar alguna implicación de este modo de proceder crítico-reflexivo, seguramente que deberá hacerlo de tal forma que su comportamiento sea informativo y formativamente abierto para todos los cuestionamientos, y éstos sean considerados válidos aunque no todos en el mismo nivel. El educando deberá ser capaz de alcanzar un nivel creciente de criticidad, aprendiendo que hasta mismo sus cuestionamientos deben ser cuestionados y que no se puede poner todas las cosas en relativización absoluta: es decir, que hay algunas cosas que nadie puede negar sin contradecirse.

No puede ser considerado el relativismo radical, así como no se ha de llevar en serio el constructivismo radical. No se puede considerar la validez de la inmunización del conocimiento, así como no se puede aceptar como legítima la postura del profesor que se pone a sí y a sus conocimientos como intocables por cualquier cuestionamiento.

El ser humano es un ser de necesidades y posibilidades, cuyo existir presupone el estar en sintonía con todo el universo plural, pero la certeza de que el mundo es plural, esta no es plural, así que este ser humano tiene que asumir su lugar en la construcción del conocimiento que aun falta ser construido, pero no deberá, el educador, abandonar al educando a su propia suerte. Hay que responsabilizarse por un modo de educación que tenga fundamentos sólidos, que el educando se vea obligado a aceptar determinados conocimientos, pero no por cuenta un autoritarismo vacío, sino porque él haya sido convencido argumentativamente, que el educador enseñe cuáles son los elementos que tornan determinados niveles de conocimientos imprescindibles al avance óptimo de uno en vistas de su encuentro con la coherencia universal que respeta, pre-

17. «...gostaria de tentar reconstruir as condições de possibilidade e de validade de argumentação humana, e também da lógica, portanto. Essa abordagem diferencia-se da filosofia transcendental clássica de Kant a medida que vislumbra o 'ponto mais alto', com referência ao qual a reflexão transcendental deve ser abordada, não na unidade da consciência objetual e da autoconsciência abordada de maneira 'metodicamente solipsista', mas sim na 'unidade intersubjetiva da interpretação' como entendimento do sentido e consenso quanto a verdade.»

serva y promueve la vida en todas sus instancias y estadios o fases de desarrollo o transformación.

Es una tarea del lector, especialista en educación, lo que no es mi caso, pensar cómo sería una pedagogía pautada en estos elementos aquí presentados. Para no dejar una apertura peligrosamente amplia y mayor de la que yo propongo en el modelo educacional que yo tengo en mente, termino diciendo que hasta hoy, lo poco que he leído en la línea de propuestas pedagógicas, me hace pensar que la propuesta que mejor se adecua a la que yo aquí propongo es la Pedagogía de la Liberación de Paulo Freire y los que fueron profundizando su proyecto educacional. Al lector, deseo un buen inicio de investigación, puesto que siento ser este artículo tan solo un opúsculo del camino. Para empezar, yo relaciono abajo los siete libros de Paulo Freire que me parecen impresionables para quien desea poner el pie en este camino. ¡Buen viaje!

PAULO FREIRE: *(todos estos libros están traducidos al castellano)*

Educação como prática da liberdade, 23ª ed., São Paulo-Brasil, Editorial Paz e Terra, 1966. **Pedagogia do oprimido**. 23ª ed., São Paulo-Brasil, Editorial Paz e Terra, 1996. **Educação e mudança**. São Paulo-Brasil, Editorial Paz e Terra, 1981. Publicados, anteriormente en castellano (1976). **Pedagogia da esperança**. São Paulo-Brasil, Editorial Paz e Terra, 1992. **Política e educação**. São Paulo-Brasil, Editorial Cortez, 1993. **Pedagogia da Autonomia - Saberes necessários à prática educativa**. São Paulo-Brasil, Editorial Paz e Terra, (Coleção Leitura), 1996. **Pedagogia da indignação: cartas pedagógicas a outros escritos**. São Paulo: UNESP, 2000. (Pedagogía de la indignación. Madrid: Ediciones Morata, 2001. 149 p.)